



## **II Jornadas de Investigación en Humanidades**

**30, 31 de agosto y 1 de septiembre 2007**

**Universidad Nacional del Sur  
Departamento de Humanidades  
Bahía Blanca, Argentina**

### **Auspiciantes:**

**Fundación Ezequiel  
Martínez Estrada**

**Cátedra Libre de  
Derechos Humanos del  
Departamento de  
Humanidades de la  
Universidad Nacional  
del Sur**

## **Maternidad y educación en los discursos de la Inglaterra victoriana**

Virginia Lazzari y Mariela Rayes

Universidad Nacional del Sur

vikylazzari@hotmail.com; marirayes@yahoo.com.ar

El siglo XIX es testigo de un rápido desarrollo científico impulsado por nuevos descubrimientos, el surgimiento de nuevas disciplinas y la configuración de sus propios métodos científicos. La ciencia se constituye en la autoridad que, desde su discurso basado en la razón y en las leyes de la naturaleza, establece los grandes paradigmas de la época: el positivismo y el evolucionismo. Tanto uno como otro respaldan al hombre occidental -y específicamente al burgués- en su carrera de dominio del mundo y la naturaleza.

También las relaciones de género son afectadas por esta expansión científica. Ahora la “cuestión femenina” es abordada desde la autoridad aparentemente incuestionable de la ciencia para fortalecer supuestos tradicionales. Es aceptado casi con unanimidad que hombres y mujeres tienen no sólo diferencias físicas básicas, como el distinto tamaño de los miembros y del cerebro, sino también psíquicas, como la supuesta falta de disciplina y solidez femenina para los estudios sistemáticos y el razonamiento abstracto, en función de su rol con respecto a la reproducción y crianza de los hijos. Así se refuerzan los pilares de una sociedad atravesada por la asimetría entre hombres y mujeres en todas sus áreas.

Sin embargo, no todas son adhesiones a esta sociedad patriarcal; por el contrario, hay quienes dedican sus energías a tomar parte en los debates suscitados en torno a la “cuestión de la mujer” para defender la extensión de los derechos plenos para ellas, y propugnan un nuevo prototipo femenino caracterizado por su independencia como sujetos activos en todos los ámbitos. El presente trabajo tiene como objeto relevar aquellos discursos de la primer oleada feminista y sus estrategias argumentales en relación con dos ejes temáticos puntuales trabajados desde este espacio de investigación: la maternidad y la educación, como aspectos interrelacionados, puestos en entredicho en la Inglaterra victoriana.

Las mujeres son redefinidas desde su biología, diseñada por la naturaleza, para abocarse a la procreación de la especie. La maternidad es su función indelegable y de su dedicación a ella depende la entera continuidad de la humanidad. Incluso algunas defensoras de los derechos de la mujer concluyen reconociendo la preeminencia de la función materna<sup>1</sup>. De la enorme responsabilidad como reproductora de la especie deriva, sin embargo, su inferioridad tenida por natural ya que requiere cuidados especiales, periodos de aislamiento en el seno del hogar e imposibilidad de dedicarse a otras actividades. Las características femeninas que las preparan para la maternidad -como un mayor desarrollo de los sentimientos- se traspasan de madres a hijas por medio de mecanismos hereditarios que hacen de la especie humana la más apta. Los procesos de selección y herencia de los rasgos propios de las mujeres son temas tocados tanto por Spencer, quien traslada la teoría de selección natural planteada por Darwin al campo de la ciencias sociales, como por Power Cobbe, lo que denota la trascendencia del discurso científico en la sociedad inglesa, aunque con finalidades disímiles. Mientras Spencer en su libro “The Study of Sociology” (1996), se erige en defensor de la naturalización de los roles de género y la sociedad binaria y desigual, Power Cobbe busca explicar la gran cuota de responsabilidad que deben tener las mujeres en la construcción de una sociedad con una presencia femenina activa, por lo que el peso de lo cultural se hace fundamental. Esta prolífica ensayista y luchadora por la causa de los derechos de la mujer al hablar de ciertas malas costumbres de las damas, sostiene: “... los hombres son dignos de sincera pena y, honestamente, deseo que las quejas que esparcen sobre su duro destino puedan ser transformadas en certeras palabras que impidan resueltamente a sus hijas adoptar los hábitos insanos y caer en el mismo estado miserable [ que sus madres], perpetuando el mal de generación en generación” (1996:98-99) La autora pone en un primer plano el protagonismo de las mujeres en la difusión del modelo de feminidad aceptada, con todas sus características cuestionables y sus elementos positivos.

Volviendo a Spencer, éste afirma -en base a supuestas comprobaciones empíricas -que hombres y mujeres sufrieron trayectos evolutivos diferentes. La evolución de la mujer se detuvo antes que la de su compañero para reservar sus energías vitales a la tarea de la reproducción. El discurso científico determina así que la maternidad -deber natural y fundamental de la mujer- es incompatible con actividades intelectuales.

Desde el campo de la medicina estos supuestos son apoyados -incluso por algunas mujeres- ejerciendo la defensa de los mismos. Así, Arabella Kenealy<sup>2</sup>(1996: 243-258), basándose en su

experiencia como médica señala que la mujer que desarrolle de forma “anómala” sus facultades, corre el riesgo de generar hijos enfermizos, quienes serán los protagonistas del mañana.<sup>3</sup>

Estos postulados inhiben cualquier intento de subversión del orden establecido. Es interesante ilustrar lo que decimos con una frase de Kenealy: “Una lectura extrema de los derechos de la mujer deriva en un mal para los niños”.(1996:251)

Son muy pocas las voces que se levantan contra este supuesto fundamental de la sociedad victoriana. Entre ellas podemos nombrar a Harriet Taylor Mill (2000: 113-144) que defiende por sobre todo la libertad individual de las mujeres a elegir entre diversas alternativas de vida. Ciertamente, el énfasis puesto por muchas mujeres activistas en favor de los derechos de la mujer sobre la cuestión de la libertad de elección es una característica de este movimiento, que en sus primeras fases es eminentemente burgués. Más aun, Taylor Mill denuncia que muchas cumplen con su “deber sagrado” sólo por carecer de otra forma de vida y no por deseos profundos. De esta forma pone en cuestión otra faceta vinculada al ideal de familia burguesa: la dependencia económica, que obliga a las mujeres a lanzarse desesperadamente al mercado matrimonial para conseguir quien las mantenga. Müller enfatiza lo difícil que se le hace a la mujer alcanzar cierta independencia en este aspecto. Luego de un agudo diagnóstico de la situación femenina, señala la cantidad de obstáculos que se les presentan a las mujeres que vislumbran la competencia con los hombres como una potencial salida de la situación en que se encuentran, haciendo que se refuerce la tendencia a confinarlas en el ámbito doméstico. Afirma que “El presente estado de nuestra sociedad hace verdaderamente duro para las mujeres salir hacia el mundo de la competencia salvaje y forzar su camino entre los competidores. Todavía la remoción social y legal de inhabilitaciones es demandada por justicia y en ello hay un escalón en dirección hacia el progreso...” (Müller, 1996: 213)

En cambio, para las voces femeninas defensoras de los valores tradicionales, como lo son las de Oliphant y Mozley<sup>4</sup>, las mujeres tienen una naturaleza completamente diferente de la masculina, por lo cual no pueden aspirar a los mismos derechos ni establecer relaciones de competencia en ningún ámbito de la vida ya que fueron creadas como mitades complementarias, con intereses, esferas de acción y obligaciones distintos. Oliphant sostiene con claridad: “...son dos mitades de un ser completo. Los oficios que desempeñan en el mundo son esencialmente distintos... no son competidores y tampoco semejantes. Son criaturas diferentes” (1995:120)

Los múltiples obstáculos que encuentran en su camino las cada vez más numerosas mujeres que por necesidad o vocación se aventuran al mundo del trabajo se relacionan con la educación que les fue impartida y que constituye tema de debate para estas escritoras.

Pasando al segundo de los ejes de la discusión, abordaremos ahora las cuestiones relacionadas a la educación femenina. Ciertamente, podemos hablar de un modelo educativo victoriano que se basa en la diferenciación de esferas según los géneros: mientras el varón estudia latín y griego como llave de acceso al mundo de las leyes, la medicina, la biología y el clero y maneja conocimientos de economía y administración, ella recibe clases -preferentemente- al abrigo del hogar o en colegios de señoritas a los que asisten pocos años y con niveles de exigencias sensiblemente menores que los del varón. En el currículo ocupan un lugar destacado las “artes femeninas” (Eliot: 1984; 141) consistentes en clases de música, pintura, baile y modales; se trata sólo una patina de cultura que la haga buena administradora del hogar, baluarte moral de la familia y aceptable compañera del hombre. La educación femenina tiene una finalidad doméstica nítida, por lo que está más dirigida a la moral, la fe y el corazón que al intelecto. El modelo femenino valorado socialmente y, por lo tanto, incentivado por la educación, es el del frágil adorno doméstico, mujeres inmaduras, siempre necesitadas de la protección masculina que renuncian a sí mismas en beneficio de sus seres queridos y aprenden a ocultar y controlar sus instintos hasta asemejarse a “...luciérnagas saliendo de una rosa, revoloteando aquí y allá para alumbrar al mundo, no como criaturas de carne y hueso...” (Cobbe, 1996: 102). La erudición femenina es algo temido y rechazado por medio de argumentos estéticos, científicos, religiosos y pragmáticos<sup>5</sup>. Una mujer sabia es, ante todo, pecadora por vanidad, poco cristiana, espanta a los hombres y se condena a sí misma a la soltería ya que los intereses intelectuales conllevan una progresiva masculinización dada por el ejercicio mental -monopolio masculino- además de correr riesgo de contraer neurosis femenina, según los médicos de la época.

Otras figuras femeninas, entre ellas Henrietta Müller, abogarán por una educación igualitaria. Según sus palabras: “La extensión de la educación podrá ser un auxiliar a la dispersión del prejuicio, efectuando un mejoramiento fundamental en nuestras organizaciones sociales”. (Müller, 1996: 218)

Las posiciones más conservadoras, como las representadas por Mozley, se sustentan en el presupuesto de la inferioridad intelectual de la mujer para negarle el acceso a una educación sistemática superior. “...no le sienta bien a la constitución femenina promedio ir a la universidad a

estudiar de los dieciocho hasta los veintidos años” (Mozley, 1869: 97). La razón de este mandato es que la mujer en esta época está abocada a las tareas reproductivas prioritarias.

Por su parte, Oliphant, apoya la formación y profesionalización femenina en aquellas áreas que, como la medicina, supone una extensión de las naturales aptitudes femeninas, pero pone el acento en una consideración que aun conserva gran actualidad. Se trata de las dificultades de la mujer casada para compatibilizar la actividad profesional con las tareas domésticas inherentes a su sexo y la clara desventaja en que se encuentra con respecto a sus competidores varones. La consecuencia directa de este planteo es desestimar la profesionalización de la mujer casada. Sólo las solteras podrán tener éxito, pero a costa de renunciar al amor y la familia, sacrificio que no se le demanda al hombre. La maternidad es, entonces incompatible con la educación superior y las actividades profesionales y Oliphant no puede esbozar una solución posible a este dilema ya que no logra apartarse de la naturalización de los roles sociales para hombres y mujeres. Ella plantea que aquéllas: “...que se apartan de la existencia natural de la mujer, sea por elección o por necesidad, puedan asumir los privilegios de los hombres si lo desean” (1995: 137)

El trabajo de análisis de discursos escritos y publicados en plena época victoriana que toman partido en la denominada “cuestión femenina” reproducen, fortalecen o cuestionan en diversos grados las representaciones de género. Muchas de las limitaciones de los planteos ligados a la primera ola del feminismo, se vinculan por un lado con la pertenencia de estas mujeres a la clase social hegemónica del momento -la burguesía-, lo cual implica que su destinatario real es una minoría de mujeres con posibilidades de acceder a un tipo de educación superior. Por otro lado sus postulados se ven acotados con respecto a la consideración que las mismas defensoras del cambio hacen del rol primordial que les es otorgado. No lo niegan ni lo rebaten, no hay un cuestionamiento a la idea de familia tradicional, sólo apelan en nombre del respeto por los derechos civiles a la libertad individual, a la existencia de mujeres con mayores capacidades que otras y a la creciente cantidad de mujeres solas, que no cuentan con la protección de un hombre y, por lo tanto, tienen la necesidad de entrar al mundo de lo público para poder mantenerse, insertándose dentro del mercado laboral. Así, la denuncia que hacen en torno a la situación femenina, se realiza dentro del marco de los principios liberales fundamentales que asocia como algo inevitable la mujer con la maternidad, sin concebir la posibilidad que le sea antepuesto otro objetivo. “La mujer, escribe Simon de Beauvoir, puede consentir en dar vida solamente si la vida tiene un sentido; no puede ser madre sin

tratar de desempeñar un papel en la vida económica, política, social.” (citado en revista Ñ, 2007: 44-45).

Terminar con esta cita, en cierta medida, sirve de disparador para reflexionar sobre la búsqueda de un nuevo horizonte del mundo femenino, independientemente de todo mandato predeterminado; más aún condicionando el tradicional papel de la maternidad al desarrollo de aspiraciones sociales y no exclusivamente individuales, tan propias de los planteos liberales de la Inglaterra del siglo XIX.

#### FUENTES:

ELIOT, G., 1984, “Middlemarch. Un estudio de la vida provinciana”, Madrid, Editorial Nacional.

KENEALY, Arabella, 1996 [1890], “The Talent of Motherhood”, en *The National Review*, Vol 6 (1890) en Katharina Rowold ed., *Gender and Science*, University of Bristol, Thoemmes Press, pp 243-258.

MOZLEY, Anne, [1869], “Mr. Mill on the subjection of women”, *Blackwood’s Magazine*, Vol 106, September, pp en PYLE, A. ed., *The Subjection of Women. Contemporary Responses to John Stuart Mill*, Bristol, England, Thoemmes Press. Pp. 89-108

MÜLLER, Henrietta, 1996 [1887], “What woman is fitted for”, en *The Westminster Review*, vol 127 (1887) en Katharina Rowold ed, pp 207-219

OLIPHANT, Margaret, [1869], 1995, “Mill sobre la sujeción de las mujeres”, *Edimburg Review*, vol. 130, Oct. 1869, London, en PYLE, A. ed., pp. 109-130

POWER COBBE, F., [1878], “The Little Health of Ladies”, en *The Contemporary Review*, vol. 31, en ROWOLD, K. (ed.), 1996, *Gender and Science*, University of Bristol, Thoemmes Press, pp. 98-122.

RUSKIN, John, 1907, “De los jardines de las Reinas”, Madrid, Daniel Jorro ed.

SPENCER, H., (1873), 1996, “The Study of Sociology: N° XV- Preparation in Psychology”, en *Contemporary Review*, vol.22, , pp. 23-31.

TAYLOR MILL, Harriet, 2000, [1869]”La emancipación de la mujer”, en J.S. Mill y H. Taylor Mill: “Ensayos sobre la igualdad social”, Madrid, Mínimo tránsito, pp.113-144.

---

<sup>1</sup> Oliphant (1995:122) sostiene: “El hombre puede eludir su trabajo, pero ella no lo puede evitar”

---

<sup>2</sup> Médica de la época victoriana tardía, autora de varias obras científicas y de ficción.

<sup>3</sup> “Sobre la mejor maternidad debe el depender el progreso de la nación, sobre la propia performance de este de este deber la evolución de la humanidad gira. La mujer es quien asimila el espíritu de la época, y lo interpreta en la capacidad de sus hijos” (Kenealy: 251)

<sup>4</sup> Oliphant, escritora victoriana de libros de ficción. Mozley, poetisa y escritora de literatura infantil que durante la época victoriana tardía formó parte de una corriente filocatólica de la iglesia anglicana.

<sup>5</sup> “...no es el objeto de la educación convertirlas en diccionarios”. (Ruskin, 1907: 114)